

Audición radial del Presidente José Mujica correspondiente al 29 de abril de 2014

Un gusto, amigos, poder saludarlos en este día de otoño, un tanto gris, donde en los tambores ineludibles de la campaña electoral notamos que se habla mucho y se convoca a la juventud y se habla mucho de las cuotificaciones de sexo y varias cuestiones por el estilo. Y nos parece que esto de ninguna manera resuelve la cuestión de las ideas.

A ver, en la historia humana sabemos, por ejemplo, que el niño Mozart era un genio y lo era casi desde niño y que tuvo una corta vida, por desgracia. Pero también sabemos que el primero que derrotó a Napoleón tenía más de 80 años. El saber y la sabiduría y la sensibilidad son esquivos; esto no significa que haya que afirmar a los viejos y trancar a los jóvenes, esto significa que hay que buscar por todos los caminos la esquivada sabiduría, hasta donde es posible.

Hoy notamos que se habla mucho a las corporaciones, a los grupos de intereses y nada a las clases sociales que están allí, como parte ineludible de la historia humana y del acontecer. Se habla mucho de cambios, sí, pero ¿qué cambios? Habría que definir que también se puede cambiar para empeorar, y aquí la cuestión es siempre tratar de sumar y tratar de cambiar para mejorar. Porque el cambio en sí mismo no tiene sentido —salvo que estemos enfermos—, no tiene sentido si no es para mejorar la suerte de la gente. Pero el concepto de *gente* es muy vasto, es múltiple, engloba a toda la sociedad, gente es ese todo con contradicciones, con diferencias notorias no solo en las visiones, por los colores con que se mira la realidad, sino además con diferencias por los intereses más o menos legítimos que cada cual defiende.

Es casi obvio. Es una fuerte tendencia humana ver las realidades de acuerdo a cómo nos va en la feria, y esto también es inevitable. Quiere decir que la misma realidad puede dar visiones positivas, negativas o de estancamiento y esas son las percepciones reales que tendrá la gente que compone ese todo que llamamos gente.

Es legítimo —y me quiero detener en un escalón de las diferencias— que honradamente exista gente muy desconforme con aquellas políticas que buscan por todos los medios acotar las distancias económicas que existen entre los núcleos más ricos y los más pobres de nuestra sociedad. Es legítimo que exista gente desconforme con estas políticas porque piensan honradamente que el gran motor del progreso humano es la competencia, la competencia, la competencia entre los humanos y entre las empresas, definidas estas, las empresas, por la Academia, como organizaciones tras el lucro. ¡Cuidado! Organizaciones tras el lucro, porque suele haber confusión frente al concepto de empresa.

Quienes así piensan tienden a tener una visión absolutista, cerrada, a través de esas fuertes definiciones que acabo de plantear. Todo lo verán mal, todo lo verán negro, en el fondo no pueden ver la realidad real que es mucho más compleja, porque no ven la realidad, ven el cristal a través del cual están mirando.

Esto es inevitable, porque lo propio pasa en otro estamento de la sociedad. Aquellos que con un dogmatismo cerrado, con una visión también cerrada, ven en los juegos negociadores de tolerancia y de salida de esta lenta marcha de acumulación de justicia y de progreso pero que les resulta lenta, precisamente, la negación a lo que piensan. Esta contradicción está llevada al extremo y tiene niveles, matices intermedios.

No es que las razones de estos estamentos que componen el concepto de gente sean canallescadas o sean vituperables. No, no. Las primeras recogen la médula ideológica que han construido las sociedades capitalistas, esa médula que ha sido el más formidable creador de ciencia y tecnología para sustento humano, siempre, absolutamente siempre, tras la quimera egoísta de acumular riqueza. Hay que reconocer el valor creador que ha tenido en la historia.

Pero es el triunfo del individuo y su aparente libertad, en el fondo, contra la fraternidad gregaria de la familia, de la especie, de las edades en que el hombre tuvo que vivir para y con el grupo familiar como garantía de vida, y por lo tanto el individuo no se recortaba solo, sino que se recostaba en el núcleo familiar.

Esta manera de ver el mundo, que tiene su contraparte, en el otro extremo, los dogmatismos cerrados, que todo lo quiere igualar y que por lo tanto también todo lo ve negro, todo lo ve limitado y pobre, y por lo tanto, se tiñe de un discurso pesimista. Por un lado chocan, aunque si se refuerzan estas dos tendencias, la una a la otra en la visión que vuelcan hacia la sociedad, los primeros, los embebidos de la filosofía individualista, ven que la limitación de las tendencias, solo tendencias igualitarias, exageran los corporativismos reales y venenosos que existen obviamente en nuestra sociedad, ven en el laicismo una truculencia que ha perdido todos los valores, y pagan un precio enorme porque terminan dejando por el camino el acervo de la tolerancia hacia lo que es distinto.

¿Cuánto tiempo le llevará entender a este fanatismo capitalista que no existen otros caminos que la síntesis? ¿Cuánto tiempo costará entender, en esta sociedad, que si no lo puedes vencer, únete? No se trata de abdicar de lo que se piensa, porque esto no es posible, sí se trata de recrear, pero esto implica ver a la política no como un torneo o como un campeonato, sino como un camino que necesita creación, responsabilidad y mutua tolerancia.

Ya nada puede ser igual, ni en el país ni en el mundo. Porque además, como si esto fuera poco, estamos entrando en otra época donde el municipio sigue existiendo, donde lo local sigue existiendo, donde lo nacional y la cultura nacional existe pero se está recreando encima también algo que es mundial. Se ha achicado el planeta, navegamos en una nave frágil de la cual somos corresponsables y la época que se nos viene encima está pidiendo que entremos a razonar también como especie, sin dejar de ser país, sin dejar de ser de un municipio, de un barrio, porque esas son escaleras hijas de nuestra historia y de nuestra biología. Son enormes los desafíos de un mundo que pronto será bilingüe y hay que entender que ya nada será igual.

Por esto nuestras creencias más hondas hay que enfocarlas con espíritu crítico ilimitado, pero no es poca cosa que en un pequeño país luchemos cuasi desesperadamente por convivir y hemos de entender lo elemental: para convivir hay que construir y hay que luchar por la racionalidad de la sociedad y eso no es solo algo derivado de la tolerancia, esto es obvio, la tolerancia debe ser un cultivo permanente, siempre en riesgo, por lo tanto hay que cuidarlo permanentemente, pero además hay que preocuparse por la convivencia y la convivencia significa que hay una enorme batalla para acercar en el fondo la propia sociedad.

Nunca estaremos de acuerdo con el igualitarismo abstruso de los ladrillos. No. Eso ni siquiera es posible porque es casi un disparate, un canto negativo contra la biología, pero si es cierto que el maíz nace desparejo, también hay que convenir que las diferencias no son tantas, por lo tanto los sectores más fuertes y ricos de este país tienen que entender, no por razones sociales, o deberían entender, que la convivencia de nuestra vida no solo debe ser garantizada por un clima de derecho y de respeto al derecho, por un respeto natural a toda forma de autoridad, pero la gran autoridad es la ética de la convivencia. Y esta, en los tiempos contemporáneos, cada vez va a tolerar menos las enormes diferencias en la forma de vivir, de gastar, de convivir, de padecer.

No es que... La gente se cansa de reconocer que todos teóricamente tenemos los mismos derechos, la gente siente como un fogueo interno de que lo que es una afirmación teórica tiene que ser una afirmación de la realidad.

Por lo tanto a esa tendencia, un tanto libertaria, que está en el alma difusa de nuestro pueblo, hay que abrirle pasos y es el cometido de la historia contemporánea. La vida es corta y se nos va y no hay ningún derecho a sacrificar la vida humana, que es casi milagrosa, en nombre de qué se yo. Hay que buscar que la gente viva hoy —en este tiempo, en esta circunstancia— su vida lo mejor posible, pero no ha de ser arrancándose los ojos los unos a los otros.

Sin embargo todo esto es discutible, y es en el fondo muy profundo. Así como el corporativismo se ha transformado en *lobbies* que prostituyen la política de

Estado, de los más modernos y de los más ricos, y el “lobbysmo” es una actividad cuasi jocosamente contemplada, también tenemos nosotros nuestras deformaciones populistas, demagógicas o hijas de nuestras limitaciones y a veces o cuasi permanentemente somos fuertes reclamando derechos y muy callados asumiendo responsabilidades.

Vaya que sí esa es la parte de madurez que tenemos por nuestra sociedad. Pero hay una cosa que se llama *solidaridad*, que es uno de los valores, y un poco para bajarlo a tierra le quiero hacer una pregunta sencilla al pueblo uruguayo. Todos vemos televisión por todas partes y una cosa de las que realmente impacta es la cantidad de gurises abandonados que están en esos campos de refugiados en derredor a Siria.

¿No podremos hacernos cargos como sociedad, no tendremos voluntad de recoger algún puñado de esos gurises? Ofrecerle al mundo una mano, que no significa coartar la identidad o tener hijos robados del dolor, sino sencillamente una práctica familiar de la solidaridad. ¿No valdrá la pena que nuestra sociedad levante un poco la cabeza y seamos capaces de intentar siquiera socorrer en algo a los niños por ahí abandonados, que están quedando como costo de una formidable guerra que al parecer está muy lejos de tener solución? Es una pregunta. Porque sé que hay gente en este país que me va a preguntar por qué no te ocupás de los niños pobres uruguayos, que los hay, pero pienso que la inmensa mayoría por lo menos tiene cariño, siquiera en parte. Estos ni eso, no es que tengan carencias materiales. A lo mejor estoy equivocado o a lo mejor el alma de mi pueblo está ahogada por la sociedad de consumo, por los intereses, tal vez piense que no, pero me bulle la cabeza y de alguna manera le quiero hacer una consulta a mi pueblo.